



Narración y memoria histórica en *El país de la canela*

Miguel A. Páez C.*

Resumen

Este escrito analiza la diferencia entre narración literaria e historia a partir de la novela *El país de la canela*, enfatizando el papel que los sectores marginados desempeñan en la recuperación de la memoria histórica y en la función de la ficción como agente de esa recuperación.

Palabras clave: memoria histórica; rememoración; sectores marginados; autorrepresentación.

Abstract

This presentation analyzes the difference between literary story and history from the novel *The Country of the Cinnamon*, emphasizing the paper that the isolated sectors recover in the recovery of the historical memory and in the function of the fiction as agent of this recovery.

Key words: historical memory; rememoration; isolated sectors; historical auto-representation.

* Docente de la Universidad del Valle.

El país de la canela, novela cuyo núcleo es el testimonio de Cristóbal de Aguilár, subalterno de Gonzalo Pizarro en la conquista del Amazonas, hace parte de la trilogía sobre el tema de la conquista de América del escritor colombiano William Ospina. Se trata de un relato testimonial que narra la búsqueda de la canela, “esa corteza roja que altera las bebidas” (Ospina, 73), desde la perspectiva de un personaje subalterno, describiendo el sobresalto producido por la selva amazónica en los espíritus de criollos y europeos. A su vez representa un modelo de narración en el que se da la palabra a los “testigos no letrados”, a los sectores “sin voz” silenciados por los poderes hegemónicos. En este sentido cabe advertir que las *Crónicas de Indias* habían construido una imagen de Amerindia a partir de la relación de las hazañas conquistadoras, presentando a los protagonistas como héroes que luchaban contra un mundo hostil. La consecuencia de esa “mitologización” de los conquistadores (la élite creadora de la representación histórica), fue presentar a los nativos (los sectores marginados) como seres carentes de alma y sin capacidad para razonar; es decir, silenciando su posibilidad de *autorrepresentación histórica* (Chen Sham, 3).

Esta aporía ha perdurado hasta la posmodernidad, constituyéndose en contenido imprescindible de los estudios históricos, ya sea para refutar o confirmar su validez. Las voces del indígena y el criollo (los sectores marginados y subalternos) y la selva son las que hablan en *El país de la canela*, permitiendo así, a través de la ficción, recuperar la memoria del acontecimiento pasado, la cual trasciende el mero conocimiento de los hechos impuesto por la ilusión de la representación histórica oficial.

Narración literaria e historia

Al abordar la ficción histórica como espacio de recuperación de este tipo de memoria surgen conflictos concernientes a la relación entre narración literaria e historia. Así queda

plasmado en la literatura latinoamericana, dadas las circunstancias ético-políticas que han rodeado la construcción del *acontecimiento pasado* y, por ende, nuestra identidad. Estos conflictos podrían esquematizarse en:

1. Revisar la diferencia entre memoria e historia y cómo afecta dicha diferencia a la narración literaria.
2. Reconocer que la representación histórica ha sido elaborada por las élites y que, en tal caso, la memoria de los sectores marginados ha sido condenada a la *desmemoria*.
3. Discernir el postulado de que “la historia es objetiva” y la creencia de que la ficción histórica carece de credibilidad. En la primera parte de este texto me centraré en dar respuesta a estos tres puntos.

Diferencia memoria-historia

Indagando en el concepto *memoria* que más conviene a nuestra reflexión, encontramos que Walter Benjamin afirma que la memoria “semeja a rayos ultravioletas capaces de detectar aspectos nunca vistos de la realidad” (citado en Reyes, 45). Es decir, la *memoria* sería una “rememoración del pasado”¹ que deja traslucir algo que ha permanecido oculto, construcción del acontecimiento pasado que trasciende hasta el presente y que incluso puede modificarlo ya que se fusiona con la vida de quienes habitamos la temporalidad efímera que nos subsume; *rememoración* que nos obliga a decir con Quevedo “ya no es ayer” (Quevedo, 8). Pero también negación del pasado técnico de la construcción historiográfica y afirmación ontológica del “fue” de quien ha padecido ese “pasado” en carne propia. De ahí que la novela de Ospina, apoyada en la memoria de un personaje, sea un continuo recordar: “Yo busqué el amparo de un árbol, sintiendo que sin duda habría resistido a otros desastres, y no encontré oraciones en mi memoria sino apenas el nombre de Amaney, que repetí como sin darme cuenta hasta cuando oí que ya todos estaban hablando o gritando, pa-

¹ *Rememoración* y no *remembranza*, aclara Reyes Mate, debido a que este último concepto tiene una connotación arcaica. Por lo mismo, haré uso del concepto *rememoración*, más ajustado a lo que se pretende exponer de la memoria como construcción del presente con los elementos del pasado.

sado el enmudecimiento del pánico. Es así como recuerdo los hechos” (Ospina, 105). Lo anterior permite advertir, igualmente, que la *rememoración* es, en cierta manera, una expresión subversiva que plantea pensar el *acontecimiento pasado* a la luz de lo que ha sido silenciado por las élites autoras de la representación histórica.

Reiterando lo dicho, la *memoria* es una “mirada específica sobre el pasado (...), una construcción específica del presente desde el pasado” (Reyes, 44), que estaría en oposición a la creencia de que la *memoria* es una recuperación del pasado con las herramientas epistemológicas del presente y, sobre todo, en oposición a la historia-ciencia, en tanto la *memoria* tiene como *imperativo categórico* dar voz a los que han sufrido el exterminio físico y metafísico; es decir, imponiendo la tarea ético-crítica de dar voz a las víctimas y los marginados. Por ello, el concepto de Benjamin cobra importancia, porque nos coloca frente al reto de asumir que la memoria abre posibilidades de recuperación del acontecimiento pasado ausentes en la historia-ciencia, ya que ésta, en tanto “orden del conocimiento de los hechos”, subsume su razón de ser en su condición de “fin de la memoria”. Motivo suficiente para repetir lo que Jorge Semprún dice al respecto: “La historia comienza cuando acaba la memoria” (citado en Reyes, 45).

Abordamos así una hipótesis planteada por Manuel Reyes Mate (y que aparece vivamente reflejada en el testimonio de *El país de la canela*); a saber: *memoria* e *historia* son dos continentes distintos, ya que “lo propio de la historia es conocer el pasado, y (...) lo que le preocupa a la memoria es la actualidad del pretérito” (Ospina, 44). Esta distinción reafirma que la historia-ciencia² está constituida por un *imperativo cognitivo*, mientras que la memoria (la actualidad del pretérito) constituye, no sólo eso, sino (y ante todo) un *imperativo deontológico*; es decir, un deber ético-crítico (Reyes, 48). Así, pues, la construcción del acontecimiento pasado realizada por la ficción histórica (entendida ésta como subversión al *imperativo cognitivo* de la historia-ciencia) plantea

Gracias a la brecha existente entre historia y ficción literaria, ésta nunca podrá ser reducida a conocimiento del orden del pasado (como lo hace la historia-ciencia) sino valorada como recuperación crítica del acontecimiento pasado a través de la voz de los personajes subalternos silenciados por los sectores hegemónicos

que la memoria constituye una piedra de toque, en tanto actualidad del pretérito y rayo ultravioleta capaz de detectar lo no visto.

¿Cómo se plasma esa diferencia entre memoria e historia en la narración literaria? Como dice Paul Ricoeur, la narración literaria “establece, en virtud de la propia construcción de la trama, una conexión causal” (Ricoeur, 2005, 294-295), que viene a ser una especie de victoria sobre la simple cronología de la historia-ciencia. Es decir, mientras que la narración literaria parte de una *intencionalidad poética*, la cual subsume su lógica en la trama, la historia-ciencia parte de una *intencionalidad histórica*, con toda la carga de objetividad y parcialidad que esto conlleva. Lo que implica que la diferencia entre una y otra se basa, en esencia, en

2 No debe confundirse el concepto *historia-ciencia*, en tanto quehacer investigativo realizado por el historiador, con la *historiografía*, que se refiere solamente al texto escrito de la historia. De ahí que Paul Ricoeur, advirtiendo esta distinción, prefiera el uso del primer concepto.

la búsqueda misma. Lo anterior permite concluir que, gracias a la brecha existente entre historia y ficción literaria, ésta nunca podrá ser reducida a conocimiento del orden del pasado (como lo hace la historia-ciencia) sino valorada como recuperación crítica del acontecimiento pasado a través de la voz de los personajes subalternos silenciados por los sectores hegemónicos.

Este primer análisis (la distinción entre memoria e historia) nos lleva a afirmar que la narración literaria, en tanto espacio soberano que obedece a la lógica de la trama, se relaciona íntimamente con la memoria, ya que permite una elaboración de la representación histórica desde la conciencia biográfica de los personajes de los sectores marginados y subalternos.

La representación histórica como elaboración de las élites

Abordamos ahora la tarea crítica de estudiar el papel de la historia en la construcción de la representación histórica. Parto de la hipótesis de que el discurso histórico ha sido elaborado por

los poderes hegemónicos, excluyendo las voces de los sectores marginados. Es decir, en el proceso de construcción del acontecimiento pasado emprendido por la historia-ciencia, sólo los sectores preeminentes ejecutan dicha tarea, siendo ésta, por lo general, y como se intentará demostrar, una tarea favorecida por los poderes oficiales, y que, contrariamente, la narración literaria, opuesta a ese paradigma, permite a los sectores marginados tener derecho a la autorrepresentación histórica.

Una de las tesis en que se apoya la supuesta validez de la historia es su capacidad de crear discursos escritos. Ello ha permitido, además de la distinción epistemológica que dicha constatación conlleva, separar a la sociedad entre los grupos que están en posibilidad de tener autorrepresentación histórica y quienes adolecen de ella. Esto en razón de que carecen de una voz y una estructura de enunciado; es decir, carecen de un discurso escrito. Tal es la realidad reflejada en el discurso de la historia-ciencia: quienes pueden ejercer el papel de autores de la representación, están llamados a elaborar los enunciados de la verdad histórica. Por lo general, esos mismos “autores” están asociados a lo que he dado en llamar (apoyado en Jorge Chen) la “cultura de élites”, que no sería otra cosa que los sectores oficiales que ejercen el poder hegemónico.

En el caso de la novela de Ospina, esa élite está referida a los conquistadores, eran ellos quienes, respaldados por la superioridad militar y el aparente avance de la civilización, estaban autorizados para construir una representación histórica, así ésta no respondiera a la verdad superior. Por ello cuando Ospina hace que Cristóbal de Aguilar narre su testimonio, reconocemos otro nivel de discurso ausente en las *Crónicas de Indias*, un discurso silenciado a propósito: “Y en su interior se fraguaban ideas atroces. Llamó a sus capitanes más fieles y les dio una orden horrible que algunos no comprendieron: había que escoger diez indios de los más influyentes y arrojarlos en trozos a los perros. “¿Para qué, capitán?”, preguntaron. “Para que aprendan a decir la verdad”, contestó” (Ospina, 131). Ese testimonio subsume una memoria perdida y la transforma en voz para denunciar lo que no ha sido dicho, lo que ha permanecido silenciado y

La historia, en tanto universo discursivo apoyado en una pretensión de objetividad, deja en la desmemoria (la ausencia del pasado en el presente) muchos ámbitos que subyacen sólo en la memoria de las víctimas y los marginados

como enmascarado en el subsuelo del discurso escrito de la representación histórica.

La misma *Nota del Editor* del final de la novela advierte: “Los cronistas suelen callar las atrocidades de Gonzalo Pizarro contra los indios, pero está demostrado que de los cuatro mil que sacaron de Quito ninguno volvió a las montañas” (Ospina, 367). Es frente a esto que la ficción histórica, en tanto canal por donde fluye la memoria perdida y enunciado material de lo “no dicho”, ejerce un poder subversivo capaz de recuperar la conciencia biográfica de los sectores marginados. Al ser narrado por un subalterno, el relato cobra un sentido que va más allá de la simple relación de hechos y se sitúa en el espacio de un discurso crítico que, por su misma índole, subvierte los cimientos del juicio objetivo establecido por la historia-ciencia.

La objetividad de la historia

Uno de los elementos constitutivos de la historia y, paradójicamente, una de sus problemáticas es su *pretensión de objetividad*. Para abordar dicha problemática entablaré un diálogo con el concepto de *voluntad de verdad* de Michel Foucault, con el que analizaré cómo es entendida la verdad en la historia. Luego profundizaré lo que dice Paul Ricoeur sobre la *problemática de la objetividad*, intentando clarificar cuáles son los criterios en los que se fundamenta el juicio objetivo. Finalmente, basado en el resultado del análisis, realizaré un paralelo entre la historia como ciencia objetiva y el espacio mágico de la narración literaria, con el propósito de verificar la rotura entre ambas disciplinas.

Michel Foucault, al hablar de los sistemas de exclusión del discurso, califica la *voluntad de verdad* como el procedimiento que gobierna los otros dos procedimientos de exclusión, a saber, la palabra prohibida y la separación de la locura (Foucault, 11). Esto en razón de que la voluntad de verdad (procedimiento que permite la distinción entre lo verdadero y lo falso) se apoya en unas “inversiones materiales, técnicas e instrumentales del conocimiento” (Foucault, 10), poniendo de manifiesto que para una disciplina es más importante el enunciado mismo (su sentido, su forma, su objeto) que la *verdad superior* que el enunciado pretende transmitir. Aplicado al análisis que nos ocupa, esto

significa que la historia, en tanto disciplina de las ciencias humanas cuya verdad se desplaza hacia el *enunciado de la verdad* más que a la *verdad superior*, está orientada a ejercer una “especie de presión y como un poder de coacción” (Foucault, 11), que en sacar a la luz la verdad. Parafraseando a Foucault diríamos que la pretensión de objetividad de la historia hace que el discurso verdadero no pueda reconocer la verdad que la atraviesa. Es decir, el juicio objetivo que rige el discurso histórico es más fuerte que la verdad misma.

Dicho procedimiento evidencia las limitaciones que comporta el discurso de la historia. ¿Se podría aceptar como criterio de verdad lo que se establece con el propósito de sincronizar los acontecimientos pasados, acontecimientos que justifican la hegemonía de las élites sobre los sectores marginados y subalternos? Este interrogante nos obliga a tomar distancia frente a la pretensión de objetividad de la historia, la cual, como he intentado demostrar, excluye la verdad superior del acontecimiento pasado.

Paul Ricoeur afirma, por su parte, que la *problemática de la objetividad* en historia constituye uno de los corolarios de su estatuto crítico, siendo dicha problemática una de las razones que acentúan la rotura entre historia y narración. En este sentido Paul Ricoeur sostiene que un juicio es objetivo “porque miramos una verdad como excluyente de que su negación pueda ser igualmente verdadera” (Ricoeur; 290). Es decir, el juicio objetivo de la historia, al afirmar una verdad constituida sobre el testimonio elaborado por el poder hegemónico, prescinde de los otros testimonios, les suprime su condición de validez, en tanto se sitúan fuera de ese muro epistemológico que el juicio objetivo construye a partir de su estatuto crítico.

Esta idea es importante en nuestro estudio porque conduce a pensar que la pretensión de objetividad de la historia sustenta su criterio de validez en la tesis de que los acontecimientos pasados pueden ser vinculados hasta formar un solo tejido. Pero además, y esta es la otra cara de la moneda, que las investigaciones de uno y otro historiador confluyen hacia un mismo propósito: abrogarse la representación histórica y adjudicarle una condición de discurso verdadero. Como dice Ricoeur: “El credo de la objetividad no es otra cosa que

esta doble convicción de que los hechos relatados por historias diferentes puedan enlazarse y que los resultados de estas historias puedan complementarse” (Ricoeur, 292). Por lo mismo, la historia, en tanto universo discursivo apoyado en una pretensión de objetividad, deja en la desmemoria (la ausencia del pasado en el presente) muchos ámbitos que subyacen sólo en la memoria de las víctimas y los marginados. Pierre Nora respondería que la dificultad consiste en que la historia es una “construcción siempre problemática e incompleta de aquello que ha dejado de existir, pero que dejó rastros” (citado en Cerdán, párr. 1). Espacio abierto al devenir del acontecimiento pasado, la narración literaria, por el contrario, hace presente la verdad superior del acontecimiento pasado ausente de la historia-ciencia. Tal es la construcción presentada por Ospina en la voz de Cristóbal de Aguilar: “Sólo se puede ir a esas tierras como fuimos nosotros: por azar y por accidente, y no está en sus cabales el que emprenda el camino sabiendo qué le espera. Por eso me importa contártelo todo con el mayor detalle, aunque sé que no escuchas estas cosas buscando advertencia o consejo” (Ospina, 106). Su temporalidad presente huye y se agota en el instante efímero, pero el pasado está eternamente activo, porque su memoria continuamente lo está llevando a recordarlo. Por ello su testimonio no es una simple acumulación de datos pegados con el cemento de la sincronía temporal y del acuerdo tácito entre investigadores, sino que nace de su ser íntimo y que, por lo mismo, permite sacar a la luz la verdad superior del acontecimiento pasado: “(...) lo que más me impedía en la selva participar de esa fiesta de sangre es que a mis veinte años yo había sido auxiliado por indios en momentos de peligro, (...) había bebido la leche en los pezones de una india de La Española, y había escuchado los relatos de Amaney en nuestra casa de Santo Domingo: yo no podía ver a los indios como a bestias sin alma” (Ospina, 143).

En el trasunto de la pretensión de objetividad del discurso de la historia-ciencia, subyace la memoria como “fenómeno” que permite la reivindicación de la verdad superior. A ella acude un autor como Ospina, en tanto le abre las puertas al acontecimiento pasado tal y como pudo haber sido, porque de lo que trata la memoria es precisamente de manifestar lo “no dicho”, lo que ha estado fielmente custodiado por el texto histórico. Por ello, el relato que coloca William Ospina en la voz de Cristóbal de Aguilar trasciende la pura relación de acontecimientos e intenta, a través de la intencionalidad poética, describir la realidad de “lo que fue” y sembrando una inquietud: ¿cómo pudo haber sido el acontecimiento pasado? De esta postura nace la posibilidad que tienen las víctimas de levantar la voz y construir el presente desde el pasado, señalando y denunciando lo “no dicho”.

Los sectores marginados como agentes de recuperación de la memoria histórica

La hipótesis sobre la que seguimos este andar discursivo es que la ficción histórica, no obstante los conflictos que surgen entre narración e historia, está ligada a la memoria y que, por lo mismo, ella permite salvar de la desmemoria el acontecimiento pasado. Continuando el hilo de esta hipótesis, abordaré el problema de los sectores marginados como agentes con capacidad de testimoniar el acontecimiento pasado ausente del discurso verdadero de la historia-ciencia. El propósito es identificar qué se entiende por “sectores marginados” y, en este sentido, qué papel cumplen en la construcción del presente desde el pasado; es decir, qué papel cumplen en la recuperación de la memoria histórica.

A pesar de lo que pudiera pensarse, sobre todo a partir del concepto *clase social*³, los sectores marginados han estado presentes en

3 Aunque Marx nunca dio en sus escritos ningún concepto de clase social, Robert Nisbet afirma, basado en el *Manuscrito* del volumen III del *Capital*, que “las clases sociales pueden entenderse de dos formas, sea como: 1) grupos de individuos que se definen por una misma categorización de sus formas de relacionarse con los medios materiales de producción (particularmente la forma de obtención de sus rentas), o 2) una conciencia de clase entendida como la creencia en una comunidad de intereses entre un tipo específico de relaciones socioeconómicas. La doctrina marxista intenta descubrir la objetividad de la existencia de las clases (clasificaciones) socialmente relevantes a través de la formación de intereses subjetivos yuxtapuestos y en contraposición a otros grupos de intereses comprendidos en forma similar” (Nisbet, 45-47).



"Los sectores marginados, las víctimas [...] son los mismos ciudadanos empobrecidos del sur planetario que padecen el hambre y la injusticia social, y que, no obstante, no pierden su condición de seres solidarios con el padecimiento ajeno". Imagen tomada de: <http://www.sxc.hu>

todas las sociedades, pero es en el sur planetario (Latinoamérica, África, los países pobres de Asia) donde más se evidencia la realidad de dichos grupos. Partiendo de esta base diremos que los sectores marginados son, según la visión que nos dan novelas como *Los de Debajo* de Mariano Azuela y *Changó el gran putas* de Zapata Olivella, aquellos grupos que, por no detentar el poder, carecen de historia. Es decir, aquellos a quienes no les ha sido dado comprender su devenir histórico. Esta aseveración desenmascara un hecho irrefutable: los sectores marginados, las víctimas de las que habla Enrique Dussel en *Ética de la liberación*, son los mismos ciudadanos empobrecidos del sur planetario que padecen el hambre y la injusticia social, y que, no obstante, no pierden su condición de seres solidarios con el padecimiento ajeno, ya que aspiran a un principio de participación que les permita poner en funcionamiento sus capacidades. Esta es la diatriba latente en las novelas citadas y el sentimiento que aflora en el testimonio que nos ofrece Ospina a través de su personaje: "(...) Somos instrumentos de los poderosos, peldaños para escalar el poder de los reinos, espadas

para descabezar a sus enemigos (...) y ante los grandes jefes nadie puede perfilarse como un rival por su talento o por su fuerza" (Ospina, 57). ¿Qué papel juegan, entonces, estos sectores en la recuperación de la memoria histórica? Al identificar la composición de los sectores marginados, percibimos, ante todo, una posición crítica ante la perspectiva eurocéntrica del discurso verdadero de la historia-ciencia, la cual enaltece las hazañas de los poderosos y, por contrapartida, enmascara la verdad superior del acontecimiento pasado. Es decir, al percatarnos del sector social al que pertenece el narrador, develamos la verdad superior que ha permanecido enmascarada, logramos ver (como a la luz del sol de mediodía) el acontecimiento pasado (tal y como pudo haber sido) y del que no podemos prescindir a la hora de emprender la tarea de recuperar la memoria histórica: "Muchas veces, cuando lo he contado, quienes me escuchan me entienden mal, y tengo que explicarles de nuevo que Pizarro no empezó a matar a los perros para alimentar a los indios sino que empezó a matar a los indios para alimentar a los perros" (Ospina, 131).

El testimonio de la novela de William Ospina es un continuo recordar, un alternar y casi que contraponerse al relato oficial realizado por el poder hegemónico

Papel de la narración literaria en la recuperación de la memoria histórica latinoamericana

Stephane Michoneau destaca que “la preocupación por la memoria histórica es un fenómeno histórico, en el sentido de que tal preocupación es constante en el tiempo” (Michoneau, 1). Lo anterior nos da la convicción de estar frente a un episodio de la historia particularmente especial para América Latina. Ello se ve reflejado no sólo en la literatura y las artes en general, sino en la teología, la pedagogía y, muy especialmente, en la filosofía de liberación. Obviamente este proceso de transformación, que incide determinante en la *eticidad*, no se ha originado de la nada. Como sugiere Enrique Dussel en la *Ética de la liberación*, la tarea de liberación viene gestándose en testimonios como el de Bartolomé de las Casas, quien en su defensa de los esclavos africanos entabló una crítica al poder hegemónico en Amerindia. Sin embargo, no es tarea de esta ponencia abordar la crítica de la *eticidad*. Toco el tema de soslayo con el fin de tener un marco teórico para la cuestión final que se pretende abordar, a saber, el papel de la narración literaria en la recuperación de la memoria histórica y, por ende, en la formación de la identidad latinoamericana, y cómo se plasma

dicho proceso en la novela *El país de la canela*. Vuelvo sobre la frase de Michoneau (“la preocupación por la memoria histórica es un fenómeno histórico”) para justificar el deber histórico que nos concierne de desenmascarar la verdad del pasado ausente, con el fin de que no siga repitiendo el oprobio. Para abordar dicho debate parto de la hipótesis de que la historia, en cumplimiento de los presupuestos epistemológicos y ontológicos del acontecimiento pasado⁴, ha contribuido a la creación de una representación histórica basada en los argumentos aprobados por la “cultura de élites”. Es oportuno anotar que dichos argumentos son reflejo de una asimetría social, denunciada y descrita por la ética de la liberación, y evidenciada en la novela de William Ospina. Por ello cuando Cristóbal de Aguilar se refiere al acontecimiento pasado, lo hace desde una condición impuesta por la estructura asimétrica sobre la que se establece el orden social. Pero, asimismo, ese hablar que le es propio permite tener otra perspectiva del acontecimiento pasado, develando esos “rastros” que el discurso verdadero (no obstante su deber de salvaguardar la validez de sus enunciados disciplinares) no ha logrado suprimir y que han sobrevivido a la desmemoria de la historia para ser rescatados por la memoria. Por eso el testimonio de la novela de William Ospina es un continuo recordar, un alternar y casi que contraponerse al relato oficial realizado por el poder hegemónico: “(...) me sorprendía pensando que en cada una de esas piraguas que avanzaban con nosotros iba alguien más que nadie podía ver, un indio invisible que determinaba su rumbo siguiendo las voces del agua” (Ospina, 150). De ahí que el papel de la narración literaria, apoyado en esa forma de la “ignorancia” que es la memoria (Reyes, 46), sea el de prestar la voz, a través del juego mágico de la palabra creadora, a quienes no han podido decir “su verdad” y que constituye el testimonio de los sectores marginados. Como dice Jorge Chen, la narración literaria (en este caso la ficción histó-

4 Según Paul Ricoeur, el acontecimiento está constituido por un triple presupuesto epistemológico (la singularidad no repetible del acontecimiento físico, la contingencia práctica y la alteridad) y por un triple deber ontológico (haber-sido absoluto, acción humana absolutamente pasada, alteridad absoluta).

rica)“(…) se trata de una visión desde adentro, por lo cual la distancia se aminora y nos acercamos a la conciencia de los personajes. Por esta razón, (…) nos sitúa en el terreno de la memoria, haciendo que la conciencia biográfica, la de cada personaje, trascienda hacia la construcción de una memoria histórica, ya que tiene que ver con la autorrepresentación de los sujetos y la imagen que ellos tienen en su devenir” (Chen, 2).

Si las generaciones presentes permanecemos atentas a lo que refieren novelas como la de William Ospina, Latinoamérica tendrá autorrepresentación histórica auténtica; es decir, estableceremos unos criterios éticos que impidan que el acontecimiento pasado sea absorbido por

la desmemoria y que, sobre todo, se neutralice la posibilidad de que el oprobio se siga repitiendo. Esa tarea, en cierta forma iniciada por Bartolomé de las Casas y adelantada por los escritores del modernismo, es la que hoy nos ocupa y que sobrevive en el testimonio de tantos personajes que, a pesar de su condición subalterna, protagonizan el devenir latente en la intencionalidad poética de obras que, como *El país de la canela* o *El olvido que seremos* (sólo por nombrar dos de las más representativas), permiten desenmascarar la verdad y dejar que la conciencia biográfica de las víctimas tenga un espacio para narrar lo que ha permanecido oculto por esa forma del olvido que es la historia.

Referencias

- CERDÁN, M. (2005). Memoria y desmemoria histórica. *Intranet del Congreso de los Diputados*. Congreso de los Diputados de España. Consultado el 23 de mayo de 2010. http://intraneta.congreso.es/intranet/docum/prensa/revistas/rev_200809/20080902/interviu.pdf
- CHEN SHAM, J. (2003). Visión estereoscópica y memoria histórica, en *Un día en la vida de*. *Revista de Filología y Lingüística*, Universidad de Costa Rica. Consultado el 13 de mayo de 2010. <http://www.latindex.ucr.ac.cr/filologia-29-1/08-.pdf>
- DUSSEL, E. (1998). *Ética de la Liberación en la edad de la globalización y la exclusión*, Madrid: Editorial Trotta.
- FOUCAULT, M. (1992). *El orden del discurso*, Buenos Aires: Tusquets Editores.
- MICHONEAU, S. (2005). Memoria e historia: aspectos conceptuales, *Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala*. Consultado el 27 de octubre de 2010. <http://168.96.200.184:8080/avancso/avancso/taller5>
- NISBET, R. (2003). *La formación del pensamiento sociológico*, Tomo II, Buenos Aires: Amorrortu.
- NORA, P. (2010). Entre memoria e historia: la problemática de los lugares (1984), *Comisión Provincial por la Memoria*. Provincia del Chaco. Consultado el 3 de junio de 2010. <http://comisionporlamemoria.chaco.gov.ar/jovenesymemoria/documentos/pdf/21.pdf>
- OSPINA, W. (2008). *El país de la canela*, Bogotá: Editorial Norma.
- QUEVEDO Y Villegas, F. (1994). *Poesía y Prosa*, Barcelona: Círculo de Lectores.
- REYES MATE, M. (2006). Memoria e historia: dos lecturas del pasado, en *Revista Letras Libres*. Febrero, 44-48.
- RICOEUR, P. (2005). *Tiempo y narración: configuración del tiempo en el relato histórico*, México: Siglo XXI Editores.
- VIDAL-NAQUET, P. (1995). *Los judíos, la memoria y el presente*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. ■